



DIRIGE TU VIDA





Moisés Ruiz González

DIRIGE TU VIDA





© Moisés Ruiz González, 2009
Reservados todos los derechos.

«No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.»

Ediciones Díaz de Santos
Internet: <http://ediciones.diazdesantos.es>
E-mail: ediciones@diazdesantos.es

ISBN: 978-84-7978-906-0
Depósito Legal: M. 20.850-2009

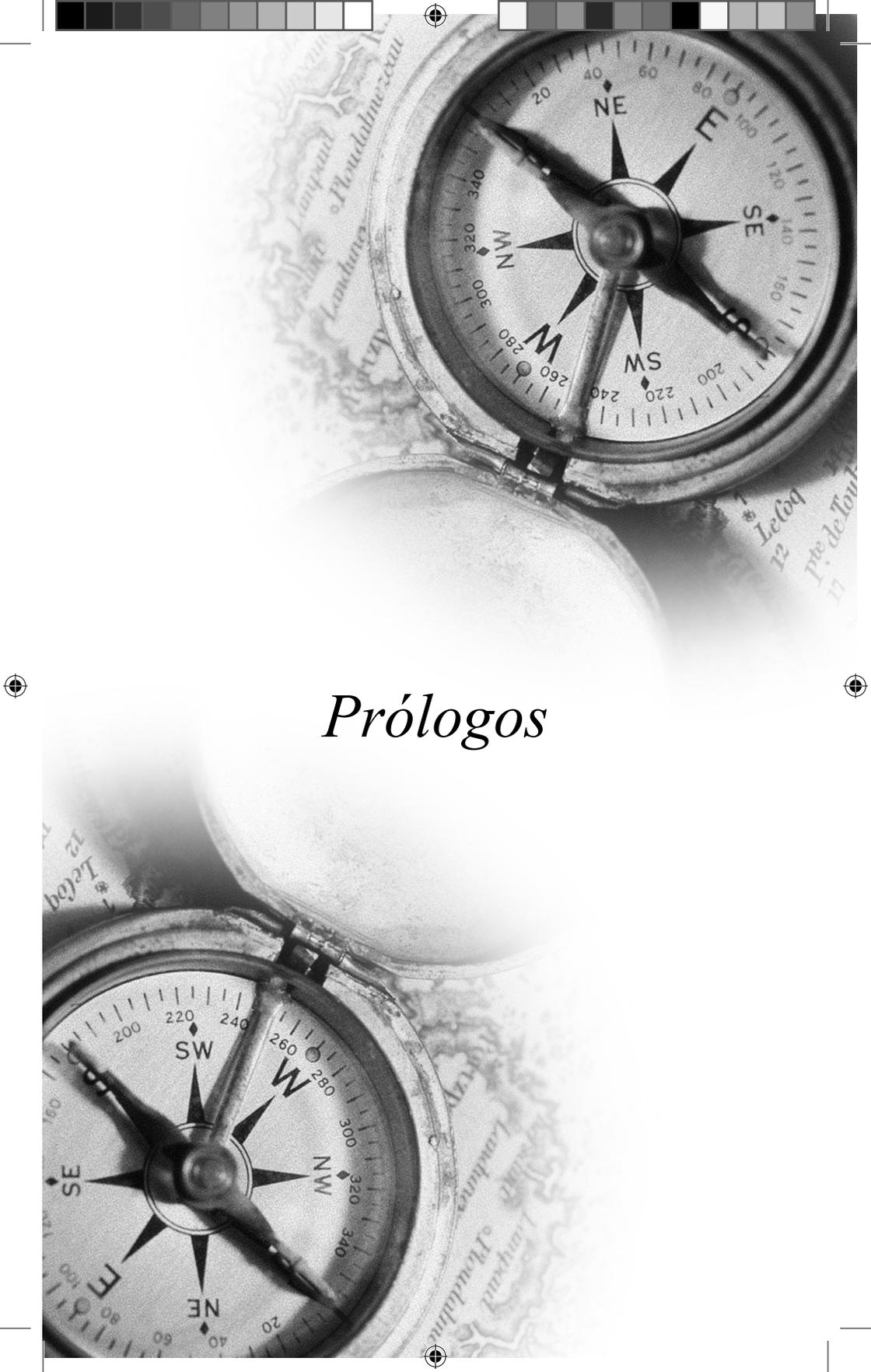
Fotocomposición: P55 Servicios Culturales C.B.
Diseño de cubierta: P55 Servicios Culturales C.B.
Impresión: Fernández Ciudad, S.L.
Encuadernación: Rústica-Hilo

Printed in Spain - Impreso en España



ÍNDICE

Prólogos.....	1
El reto.....	11
La responsabilidad.....	31
El tiempo.....	41
El éxito.....	49
Las decisiones.....	63
El amor y la felicidad.....	73
Carta a un niño: la escultura del jardín.....	81
Superar la adversidad.....	87
Cómo ser querido y no odiado.....	101
Aforismos gracianescos.....	111
Perlas ciceronianas.....	115
Epílogo.....	119



Prólogos



DEPENDENCIA O LIBERTAD

Las personas nos encontramos habitualmente solas, por ello nos acogemos a la posibilidad de vivir pegados a una ilusión. Las religiones son las primeras que lo han entendido, a lo largo de los siglos han ofrecido sus propuestas para hacer más llevadera la existencia. Sin embargo esa ilusión se desvanece si, en lugar de acostumbrarnos a la soledad, la escondemos en regalos ficticios que nos hacen dependientes e infelices. A la vida no se le puede engañar, sino que hay que afrontarla. Lo más maravilloso que nos ocurre queda relegado a segundos planos por culpa de la constante dependencia que arrastramos. El espejo, sin darnos cuenta, son los demás. Actuamos como un actor de teatro, deseando el aplauso, temiendo el abucheo. Nada de lo que hacemos es válido si no es respondido con el reconocimiento. Aquí radica el sentido de la dependencia, lo que nos importa no somos nosotros mismos sino cómo nos van a entender los demás.

La libertad se entiende desde la mirada hacia adentro, en la confianza de nuestros propios actos. La libertad se adquiere cuando se alcanza la posición de equilibrio entre lo que podemos aportar y lo que los demás esperan de nosotros. En innumerables circunstancias nos vemos fuera de ese control, nos sentimos como el reo, culpable o inocente, a la espera del veredicto del jurado. Si el actor actuase para su conciencia se sentiría libre sin que, por ello, despreciara al público. La libertad es una





sensación, no una realidad, es una expresión anímica de nuestra mente, lo justo entre lo que hacemos y lo que debemos hacer.

Si realizamos tal o cual intento solo por ser admirados o queridos, caeremos el error magnífico de ser dependientes de la vida. Jamás estaremos satisfechos con lo conseguido, nunca seremos dueños de nosotros mismos. No tendremos la sensación de ser libres, sino una falsa sensación de serlo mientras los demás juzguen nuestros logros.

Los regímenes dictatoriales buscan en la esencia del ser humano para destruir su existencia, para hacerle dependiente del sistema. Los comunistas de Ceaucescu espiaban a los ciudadanos rumanos, robándoles sus valores para dominarlos; los nazis conducían a los seres humanos a la ridiculez absoluta, los humillaban, para convertirles en seres dependientes. Para vencer estos grados absolutos de dependencia se hace imprescindible mirar hacia dentro, darse credibilidad, liberar las convicciones morales. Este es el único gesto de rebeldía posible.

En nuestra vida encontramos situaciones que nos conducen a la dependencia y nos alejan de la libertad; estamos pendientes de un juicio externo, de una valoración ajena sobre la que, implacablemente, se vence nuestra manera de pensar. Siempre hay alguien que quiere fastidiarnos la vida y de quien dependemos.

Unión entre el fantasma y la persona. Entre lo que pensamos y lo que queremos pensar. Encontrar el equilibrio entre lo que quiere la vida de ti y lo que tú puedes aportar a la vida: ese es tú sitio y vale el que le valga a uno. Lo contrario es la felicidad del ignorante o la del resignado. Lo importante es crearse una vida como el arquitecto crea una casa, tomando ideas de donde se pueda para hacerla lo más hermosa posible. La libertad frente a la dependencia crea un mundo privado donde lo necesario es tener paciencia para escoger bien la dirección,

llenarla de energía y voluntad, y estar siempre dispuestos a hacer un sitio en la montura al azar.

Decía Dostoievski en *Los endemoniados*, que “todo el mundo espera”, pero la vida en tiempo de espera, exclusivamente, es terrible, si no viene acompañada de esperanza. La vida en espera es dependiente, está todo hecho, nada surge por improvisación, el azar es inútil porque su presencia nada resuelve. A nadie le importan nuestras palabras, nuestra realidad. Esta situación nos lleva a ir perdiendo capacidad de vida lentamente. Lo nuevo nos asusta, no da sentido a lo que hacemos; el tiempo se invierte porque perdemos la capacidad para amar y ser amados. La espera tiene que ir unida a la esperanza para salir de la dependencia y entrar en los estados de libertad. La esperanza genera expectativa, inquietud por lo venidero. Cada mañana es una oportunidad para emprender un día nuevo. A la esperanza no le asusta lo novedoso, al contrario, lo necesita para dibujar el futuro.

La esperanza atrae al optimismo que no es otra cosa que la liberación de la mente. Entonces todos los resortes de la naturaleza humana dejan de ser débiles y se ponen a disposición de lo que deseamos. Liberar la mente, esquivar la dependencia supone ubicar a la sorpresa como un medio para conseguir nuestros deseos.

“La historia me tratará bien porque seré yo quien la escriba”. WINSTON CHURCHILL.

Es tan estúpido dejarse llevar por el halago como responder de forma airada al insulto. En ambos casos acabas dependiendo de quien los emite.

EL MIEDO

Los peores sistemas sociales gravitan en torno al miedo. Hay un miedo positivo y un miedo negativo. Debemos entrenarnos para superar el miedo. Lo normal es conocer esa sensación, lo anormal es no haberse encon-



trado nunca con ella. Para superarlo es necesario transformarlo. El miedo por naturaleza es negativo; a nadie, si se le preguntara, lo seleccionaría por gusto. Huimos del miedo porque, en el fondo, nos preocupa por culpa de la omnipresencia del principio de precaución, cautela o supervivencia que tenemos. Si aparece el miedo es debido a una anormalidad, lo que le hace poco amigable a los instintos de futuro. Sin embargo el miedo puede traer el mayor de los avances posibles para el presente. Gracias al miedo nuestra mente activa los resortes de alarma, despierta del letargo lo que nos ayuda a conocernos. El miedo activa los niveles de responsabilidad ante las cosas, y a su vez, anima al sistema defensivo a actuar contra el miedo negativo. Tenemos miedo a algo, a lo desconocido, al cambio, a la novedad. Si transformamos esa sensación miedosa en una oportunidad, habremos dado un paso definitivo en la superación del miedo negativo.

La primera reacción ante el miedo es de parálisis. La capacidad de reacción queda anulada provocada por la incertidumbre. Para superarlo es preciso disponer nuestro ánimo a aceptar aquello que nos venga, a entenderlo como una oportunidad y no como una condena perpetua.

El miedo tiene un origen en lo definitivo, no en lo temporal. Cuando pensamos que no hay solución nos entra el miedo. Tenemos miedo a la muerte, un miedo injustificado porque sabemos que va a llegar: para qué pensar en ella entonces. Ante lo relativo no existe el miedo negativo sino el positivo. Si pensamos que todo lo que tenemos nos pertenece solo en el presente y aceptamos que mañana todo puede cambiar, dejaremos de mirar al miedo como algo monstruoso.

No se debe caer en el miedo del ignorante que nada teme porque desconoce los peligros, ni en el miedo del cobarde que cada vez es menos persona porque no afronta los retos.



En una ocasión un presentador de televisión, al ser preguntado por su preparación ante el miedo ante las cámaras, donde un fallo puede resultar catastrófico respondió: “cuando salgo al plató no le tengo miedo a la cámara, pero no por ello le he perdido el respeto”.

El profesor le dijo a su alumno cuando éste le aseguró tener miedo a acometer ciertas reformas en su vida: “Miedo nunca, a nada, con miedo no se avanza pero sin miedo puedes no llegar lejos. Para beneficiarte del miedo, impregna tus acciones de curiosidad y acompáñala de prudencia”.

¿CÓMO SUPERAR EL MIEDO?

Define el Diccionario de la Real Academia el miedo como una perturbación anagustiosa del ánimo por un riesgo o daño real o imaginario. Recelo o aprensión que alguien tiene de que le suceda algo contrario a aquello que desea.

La sensación de miedo existe en la sociedad, forma parte del instinto. Nace aclamado por la intuición y la experiencia. A más conocimiento surge la gran contradicción entre la libertad y el miedo. La libertad emerge como consecuencia de sentirse seguro a la hora de superar las adversidades. Y el miedo la acompaña porque sabemos los pasos a dar y el riesgo que entrañan. Para superarlo hay que pensar en positivo, ver los claros. Apartar la maleza del pensamiento y observar en el horizonte las oportunidades.

Surge el miedo en los gobernantes, en los dirigentes y en los empleados. El origen es siempre el mismo: perder algo que ya tenían. El miedo se evapora cuando lo han perdido, es el trayecto desde que la intuición les avisa hasta que la realidad lo certifica.

En ese tramo el ser humano se muestra como realmente es. El miedo descubre las entrañas de las personas.